

RETO Y FUTURO DEL DERECHO DE AUTOR

Fernando SERRANO MIGALLÓN

Decía Goethe, en uno de sus más importantes análisis críticos, que quién no lleva la cuenta de sus días desde hace tres mil años, no conoce su historia y sólo vive al día. Recordar, como acto íntimo del individuo y como necesidad cultural de las sociedades, está familiarizado, muy de cerca, con las actividades que distinguen al hombre de su entorno: pensar, en su sentido reflexivo; hablar, mediante sonidos articulados, y gozar de la sensación estética, a través de la creación y la contemplación del arte.

Existe una vieja discusión en torno a la primogenitura de las artes, si es acaso la música o la plástica la primera expresión estética del género humano, con seguridad no podremos saberlo nunca, lo que en efecto podemos tener por seguro es que la plástica está unida al hombre desde sus más primitivos albores, dice el antropólogo Frazer, autor de la célebre *“Rama de Oro”*, que la infancia de los hombres es muy similar a la infancia de la humanidad, y qué es esa primera edad —olvidada para siempre por el adulto— que un sutil y constante encuentro con el color, la forma, la línea y la textura, hablar de la plástica significa siempre hablar del ser íntimo del hombre y del sentido estético como especie productora de cultura.

Por otra parte; para recordar, para rehacer e interpretar lo que de humano tiene el hombre, nuestros ancestros saltaron los bordes de su propia inteligencia contemplativa, excediéndose a sí mismos, se lanzaron a construir el signo y con ello, inauguraron nuestra facultad discursiva, de ahí que únicamente las incipientes culturas que reunían las mejores condiciones materiales y espirituales lograron concretar el fenómeno, entre sutil y grandioso, de la escritura, con ello nacen, luego de largos y lentos procesos de depuración y sedimentación, los libros.

El libro es una colección de signos que, reunidos, contienen un mensaje coherente, dicen algo, pero además, lo dicen con una intención, desde un punto de vista particular, y con un objetivo. Un libro, es una invitación al

diálogo, un reto a la inteligencia y una conminación al placer estético; quien lee, completa el ciclo de la comunicación, con otro a quien no conoce —y que tal vez no conocerá nunca, pero del que ya es cercano—, con alguien que puede no estar más entre los vivos, hombres de otros días y otros sitios. Quevedo, percatado del hecho, declara:

Retirado en la paz de estos desiertos,
con pocos, pero doctos, libros juntos,
vivo en conversación con los difuntos
y escucho con mis ojos a los muertos.

Cuando las culturas alcanzaron a tocarse entre sí, cuando en su seno el crecimiento de la inteligencia produjo fruto, como en una buena cosecha, se evidenció la necesidad de reunir el conjunto de los libros que contenían el saber hasta entonces acumulado, ése es el momento de las primeras y algunas titánicas bibliotecas, de la siempre recordada y lamentada, de Alejandría.

Relacionada tan profundamente con el ser individual y colectivo de los hombres, al igual que la palabra. Plástica, música, danza y literatura han sido siempre las promotoras de los cambios culturales de la historia, son vanguardia porque resumen lo que distingue a nuestra especie de las otras, la palabra, el sonido y la imagen, a fin de cuentas símbolos, que son la materia del pensamiento y la inteligencia.

América Latina, como síntesis de dos espíritus, de dos maneras de ver la vida y que mucho y por mucho tiempo nos han querido hacer creer que son irreconciliables, es desde antiguo, fuente rica de genialidades plásticas, desde el anónimo autor de las monumentales esculturas que representan a los miembros del panteón de los dioses de los antiguos moradores de nuestra región, hasta la vanguardia escultórica y pictórica de nuestro tiempo, es en América Latina donde muchos artistas de origen europeo realizaron lo más acabado de su arte, donde las corrientes europeas encontraron renovadores y continuadores que a partir de ellos hubo un arte perfectamente diferenciado, éste es el continente que durante el siglo XIX se pintó con genio de romántico y perfección de academia, aquí nació y floreció el muralismo que llevó no sólo arte sino idea y conciencia al pueblo del que había surgido, esta tierra pródiga para la sensibilidad artística, no sólo de los que en ella nacen, sino de los que aquí buscan fuente y paz para su inspiración; así,

Frida Khalo y Fernando Botero dieron nuevos cauces a movimientos que estaban llamados a la pervivencia.

En gran medida, nuestra costumbre de atesorar los textos, el arte, los tesoros y deleitarnos con los sonidos, de modo que puedan ser útiles y accesibles lo hemos traído de la Grecia clásica, los gobernantes de las Ciudades Estado Helénicas, se preocupaban por adquirir textos y reunirlos para su consulta, en agrupar las obras de arte y escuchar sonidos bellos. Aristóteles poseyó una biblioteca de grandes dimensiones, célebre por haber sido la primera organizada metódicamente, su orden fue la base del que se siguió para la de Alejandría; Demóstenes, según Luciano, constituyó también un acervo de importancia, muchos de sus libros, como los de Tucídides, los copió de su propia mano, al igual que lo hizo con su propia obra, lo que explica que sea uno de los cuatro prosistas griegos cuyas obras nos han llegado en mejores condiciones. La institución de la biblioteca pública puede seguirse con regularidad a partir del siglo III a. C., particularmente en las zonas dominadas por los reyes helenísticos, y de este tiempo, y hasta el 291, es el dominio de la Biblioteca de Alejandría, algunos historiadores llegan a atribuirle la posesión de 700,000 volúmenes, su fin llegó con el paso de la intolerancia; la biblioteca fue destruida por los primeros cristianos, los monjes salvajes de la Tebaida, parece ser que la destrucción de la biblioteca por el califa Omar, no es más que una conseja.

En Roma, al igual que muchas otras de sus instituciones, las bibliotecas y los museos son motivo de orgullo por su origen conquistador; del mismo modo que en Grecia, las bibliotecas privadas precedieron a las públicas, éstas últimas nacen con las cantidades de obras que los generales victoriosos como Emilio Paulo, Sila y Lúculo llevaron a Roma después de ganadas sus campañas militares. En Roma, por primera vez en la historia, poseer una biblioteca o un pequeño museo se convirtió en emblema de cultura e ilustración. Corresponde a César la idea de una gran biblioteca pública en Roma, aunque la muerte le haya impedido cumplir su propósito, fue al general y estadista Asinio Polión la fundación de la gran biblioteca pública, en el año 39, con los acervos tomados en la campaña de Dalmacia, sin embargo, esta biblioteca monumental no alcanzó a competir con las dos grandes colecciones de Augusto, la del Palatino y la del Pórtico de Octavia, éstas dos sobrevivieron hasta el año de 363. Roma alcanzó un importante desarrollo en la materia, la biblioteca Ulpia sobrevivió hasta el siglo V, el censo de Constantino revela la existencia de 28 bibliotecas públicas en la

ciudad, de las cuales sólo nos queda el nombre de ocho de ellas, a la fecha únicamente ha podido ser hallada la biblioteca de Herculano, que contenía 1,800 volúmenes y una sala de lectura. Las irrupciones de las tribus germánicas las enterraron entre los despojos de la antigua cultura.

Es por eso que las bibliotecas, los museos y los conservatorios siguen existiendo hoy, incluso mejor comunicados, más completos y más asiduamente visitados que nunca antes, los complejos adelantos tecnológicos pueblan los talleres de los, a modo de coadyuvantes, pero no los superan ni los desplazan, porque sus objetivos son diferentes y sus orígenes también.

Con el arte se guarda una relación especial, trasciende el simple uso de los objetos y, al mismo tiempo, excede la relación afectiva que cubre a los bienes cuando vienen de manos de alguien en particular, cuando nos han acompañado en el tiempo y el espacio o están sumidos en el recuerdo. Porque en el arte se reúnen no sólo lo útil y lo querido, en el arte, y desde luego, en el museo, la biblioteca, el conservatorio y el auditorio, se encuentran profundas referencias a nuestra cultura y a nuestras más íntimas visiones del mundo.

El arte y sus recintos, como conjunto ordenado de bienes culturales, cuyas puertas están abiertas, por lo menos a un cierto número de usuarios, han sobrevivido los más dramáticos cambios históricos, porque se fundan en tradiciones ligadas al ser del hombre.

Disfrutar del arte importa el poseerlo, aunque sea en el momento en que los sentidos se confrontan con el objeto, ése es un momento de suma intimidad, el individuo se encuentra solo, aun en medio de la atestada sala de consulta o de concierto, por su vista y oído llegan los datos que otra inteligencia dejó depositados ahí, en espera de quien habría de descifrarlos, un ciclo comunicativo completo, a través del tiempo y el espacio.

La necesidad estética se cumple desde luego en el objeto de arte y en su recinto, el recorrido de las estanterías plenas y de los muros cubiertos de arte y aún del espacio poblado de sonidos, la visión de los lomos sugerentes de los libros que anuncian sus contenidos, la vibración de la música interpretada en vivo, el movimiento de una bailarina es, por sí mismo, un viaje fundamentalmente sensitivo y estético, los objetos culturales y artísticos poseen un encanto sensual que no puede ser sustituido; se compone de fuertes impactos visuales, auditivos, olfativos y táctiles; el arte, como las cosas que están llamadas a permanecer, posee una magia sobre los sentidos, únicas vías para tocar la inteligencia. Esta es la primera garantía de

supervivencia del arte como hoy lo conocemos, frente a otros medios ciertamente más ágiles y en algunos casos, más económicos.

La nobleza que las obras de arte han adquirido a lo largo del tiempo se basa en su convivencia, siempre contemporánea, con nuestra historia como especie generadora de cultura. Si existen hoy, pese a todo, y seguirán existiendo mañana, se debe a que tales objetos tienen mucho que ver con nosotros, con las necesidades en nuestro subconsciente y con la forma en que nos vemos a nosotros mismos. Tal vez sea demasiado pronto para pedir a las artes y a la cultura su inventario de obras en torno a las nuevas tecnologías, en cambio, resulta prolijo referirnos a las múltiples expresiones plásticas, literarias, arquitectónicas y musicales que se fundan en el tema del libro y la manera tradicional de hacer arte, obras de todos los géneros, diseminadas por todo el mundo y por todas las épocas, vengan a cuento solamente algunas que por su trascendencia son fundamentales en la cultura acumulada hasta nuestros días.

Al fenómeno de las nuevas tecnologías le sucede como a todos los inicios, cuando lo inédito, lo nuevo, comienza a popularizarse y no desciende aún hasta el hombre de todos los días, cuando sus características no están del todo fijas y, hasta sus líneas más definidas, están difusas por la bruma del rumor y de las falsas expectativas. Cuando el arte y la cultura se acercan a estos temas lo hacen todavía con cierta indecisión, mediante la divulgación, que es la hermana pequeña y a veces indisciplinada del alma científica, o bien a través de los caminos tradicionales en los que cuenta más la función analítica y discursiva, como en el cuento, la novela o el ensayo, y casi nunca en las rutas literarias que tienen que ver con el impulso lírico, como en las diversas formas y géneros poéticos, ello puede ser atribuido a que en la vida cultural las nuevas tecnologías, los innovadores progresos en la telecomunicación y las redes globales, no salen aún de la infancia utilitaria de las novedades materiales. La relación entre el arte, la cultura y la tecnología moderna puede ser proyectada, más bien sugerida, desde esta óptica.

Cuando se piensa en las grandes bibliotecas de nuestro tiempo o en los museos virtuales, las más grandes y mejor organizadas que hayamos construido o pensado, puede concluirse que se trata de una auténtica declaración de confianza en favor de los bienes culturales. Hoy los centros de cultura y creación artística reúnen en su seno funciones que antes no existían o eran independientes; bancos de imágenes, de datos y sonidos, complejos auditorios que combinan medios de expresión, centros de telecomu-

nicaciones; es probable que el antiguo fichero de madera y las fichas en cartoncillo que solíamos utilizar hayan visto ya sus últimos días como sucedió con la antigua pinacoteca del anticuario, sin embargo, el núcleo del arte y la cultura hoy, igual que hace tres mil o más años, sigue siendo el oficio del artista y su sensibilidad, celosamente guardados, la maestría y la cosmovisión del artista sigue siendo el auténtico orgullo del arte y la cultura.

Bien visto, el disco compacto, las redes globales de telecomunicación y los complejos programas de cómputo, son desde ahora y mañana lo serán mucho más aún, magníficos coadyuvantes de los circuitos de bienes culturales; pero estoy seguro y me asusto en creer que puedan sustituir la forma en que los hombres nos hemos aventurado en la satisfacción de nuestra cultura fundamental.

El arte es más humano que muchos otros medios de comunicación, no inspira el temor a lo desconocido como lo hacen las tecnologías lejanas y a veces inaccesibles; la biblioteca itinerante, por ejemplo, tiene tanto de nuestro carácter occidental, a veces peregrino, que la hace idónea para transmitir cultura, al traerla a la reflexión no podemos dejar de pensar en Gracián, siempre precedido por sus libros en los innumerables viajes, él, quien dijo con acierto, *“pretendo formar con un libro enano un varón gigante”*; en Erasmo, llevando siempre a cuestas la biblioteca, y sobre todo, en el entrañable recuerdo de Federico García Lorca, con su Barraca, llevando el Siglo de Oro a las aldeas españolas y la forma en que en nuestro continente las revoluciones fueron siempre sociales, políticas y artísticas.

¿Qué podemos esperar de la creación artística y cultural en los años por venir? La respuesta depende del tipo de cultura que pretendamos para cada grupo humano y para cada momento específico; por una parte, la biblioteca del centro de investigación, de la gran universidad, aguardan todavía mayores milagros tecnológicos que aceleren las búsquedas y hagan más precisos sus resultados, podrán ser lugares donde las telecomunicaciones y la automatización reduzcan los esfuerzos humanos y su margen de error de manera asombrosa, permitiendo que tanto los trabajadores de la biblioteca como los usuarios, vean optimizados sus resultados; por otra parte, sería deseable que el progreso tecnológico abaratara el costo del libro para las labores alfabetizadoras y para la elevación cultural de la población, ahora lejana del acceso a la vida intelectual de nuestros pueblos. Pero no puede imaginarse un mundo futuro sin arte, esa era la pesadilla de Huxley y Orwell, un mundo mediatizado y dirigido a distancia; la pervivencia del arte garan-

tiza con él la continuidad de muchas de nuestras mejores tradiciones, de las más entrañables y de las más antiguas, como el placer de leer y de oír leer, de la reverencia ante el objeto que tiene hondas raíces míticas y psicológicas como la danza o la representación gráfica y plástica, de la libertad de plasmar lo que se piensa y difundirlo, de representarlo y danzarlo, no para hoy y para aquí, sino para siempre y para todas partes.

Ante los cambios inusitados, ante las revoluciones tecnológicas, que indefectiblemente conducen a revoluciones sociales, existen varias posturas, aparentemente irreconciliables; la aceptación del mundo nuevo que se presenta, pero que no considera lo valioso del entorno que pareciera perderse, o bien, la ciega resistencia al cambio que niega los beneficios, aún de los evidentes, de la posibilidad que se anuncia; ambas apreciaciones están concebidas por el error; la primera porque al ser iconoclasta tiende a borrar la memoria y se condena a no sobrevivir, como lo hace un árbol privado de sus raíces, y la segunda, porque siendo reaccionaria, parte del falso supuesto de la inmovilidad en un mundo siempre cambiante. Sin embargo, el ritmo de la transformación suele imponerse, y trasciende cuando ofrece perspectivas de mejoría acompañadas de seguridad y continuidad; para que ello suceda se requiere que los hombres del momento impriman a la dinámica del cambio una dirección humana, al servicio de la comunidad de las personas. Esa es la diferencia fundamental entre la evolución y la ruptura, entre la trascendencia y el olvido.

El mundo ha cambiado de modo admirable en los últimos años, y ello no es sino el resultado de los cambios que los seres humanos hemos protagonizado a través de muchos siglos, pero la pasión que despierta el arte sigue siendo la misma que hirió la inteligencia y la sensibilidad de nuestros antepasados; ahora, sigue sonándonos vigente lo dicho por Rubén Darío en sus tiempos de París,

hoy estoy contento, porque he visto a una niña rubia comprar por un franco cincuenta, y una sonrisa muy rosada, una Nuestra Señora de París, no lejos de la serena y armoniosa Catedral; porque lejos de los malos hombres que murmuran y que odian, he saludado al otoño que acaba de llegar; y porque he adquirido un Quevedo impreso en Bruselas en tiempos del IV Felipe, hermoso, claro, con tapas de pergamino, por sesenta céntimos [...]"

tiempo es este de valerse de la natural sorpresa y expectación que suscita enfrentarse al arte, que cuando alguien lo admira y lo presencia, y confor-

me va asimilando su sentido, va descubriendo inéditas experiencias; del ánimo descubridor de quien se adentra, bajo su cuenta y riesgo, por los atestados anaqueles de las bibliotecas y las salas de los museos y galerías. Para ello, se requiere la determinación para difundir el arte y proteger la creación cultural, para ello se requiere la intención de erradicar la ignorancia como una política de Estado.

Tal vez no pueda saberse con certeza cómo serán el arte y la cultura del futuro, ante la evidencia del acelerado cambio científico y tecnológico que cada día hace más inciertas nuestras proyecciones y nos devela sorpresas inimaginables, pero estemos seguros que obras de arte y sus recintos los seguirán habiendo, por la misma causa de que las personas seguirán usando la pluma y el papel para comunicarse, por la razón de que a ningún arte pueda sustituirlo las más astutas formas de la realidad virtual, por la razón de que la cultura y su transmisión serán, siempre, del más íntimo fuero humano.

En tales circunstancias, nuestros países deben gozar de instituciones jurídicas y de política cultural que no sólo protejan al creador, sino que incluso mantengan un marco favorable para estimular a los artistas noveles y a los experimentados, que al garantizar sus derechos contribuyeran a remunerar al artista dignificando su desempeño profesional, un marco jurídico, en fin, que redituara en la promoción del arte, en su creación y su difusión entre los participantes en su peculiar mercado, pero ante todo, entre el gran público. En esto resultan fundamentales las sociedades de gestión colectiva, los marcos jurídicos que miren al futuro, es necesario estimular en el autor una cultura de defensa de sus derechos, a través del fomento al registro de sus obras y del conocimiento de la legislación en la materia, labor de divulgación que cree en el público la conciencia del daño que causa, no sólo al creador, sino a la cultura nacional, el comercio de reproducciones ilícitas. En suma, una cultura en la cual el autor tenga certeza de la protección que la ley le brinda y en consecuencia ejercite su derecho y en donde el público, como participe en el ciclo de la cultura favorezca el comercio legal y evite infringir un perjuicio a la cultura.

Al participar en esta nueva cultura de los derechos autorales, indudablemente participamos en el fortalecimiento de la seguridad jurídica, nos hacemos colaboradores del artista cuyo final beneficiario es el país y su pueblo.

América Latina disfruta de una larga tradición en materia de protección a los derechos autorales, asimismo, en nuestro país el aprecio por el trabajo

y la creación artística es parte de nuestra cultura ancestral. Como país heredera de una cultura varias veces centenaria y eminentemente creadora de obra artística, en lo individual y lo colectivo, es responsabilidad de los órganos públicos y de la sociedad procurar cambios con sentido y rumbo, cambios que nos conduzcan a marcos jurídicos que fomenten la creatividad a través de la protección del derecho de los autores y sus causahabientes; que permita a las sociedades de gestión colectiva cumplir su misión de promoción y defensa del derecho de sus agremiados, pero que al mismo tiempo sea respetuosa de los derechos individuales de los creadores, los comercializadores y público en general, un marco jurídico que emane no del acuerdo de intereses sino del armónico concierto de los derechos que deben protegerse. Un marco jurídico donde sea finalmente beneficiada nuestra cultura y la sociedad en su conjunto.

Reuniones como ésta, nos hacen pensar en el diálogo y el afán colectivo por impulsar el desarrollo de la humanidad, con la conciencia de que en esta evolución todo marco jurídico de frente al futuro debe definirse por estar dirigido a contribuir a una cultura productiva, más vigorosa y que siendo progresista se funde a la vez en nuestras mejores tradiciones.

Al pensar en Latinoamérica no puede dejar de recordarse nuestro diario convivir con las artes que salen al encuentro a cada instante, esto confirma nuestro compromiso con la cultura y el arte, cuando promovemos su creación y su conocimiento cumplimos nuestro deber como herederos de su grandeza.

Compartimos con interés y agrado los trabajos del I Congreso Internacional “Cultura y Desarrollo”, pero sobre todo, damos un voto de confianza por los importantes frutos que en el futuro surgirán de este evento. En él se han reunido las principales prendas del artista de nuestro tiempo: la sensibilidad, la responsabilidad social y su compromiso con la comunidad.